

Minguito y las dos caras de Managua

Desde hace décadas, cada primero y diez de agosto millares de managuas se despiertan para celebrar a su Patrono popularmente conocido como el "minguito". Para la feligresía católica de Managua, la fiesta ya es conatural, pero su realización en diferentes espacios, lógicas y ubicación, refleja las dos caras de la religión, o las dos expresiones culturales y sociales que tiene la población capitalina.

Una fiesta se inicia en Las Sierritas con la llegada de los promesantes para la "vela", luego el santo es traído hasta la iglesia en Managua. La imagen del Minguito despierta manifestaciones de devoción y alegría en quienes la siguen y su "traída" y "dejada" se caracteriza por la participación popular, su cacique, indios y negros, además del folklor y los bolos que nunca faltan.

La otra inicia su recorrido en las inmediaciones de la Asamblea Nacional, sobre la Avenida Bolívar, dirigiéndose hacia el sur, hasta la Calle Colón, doblando hacia la izquierda pasando por la Emplanada, hasta la Iglesia el Redentor, bordeando la Laguna de Tiscapa, para luego dirigirse hacia el Oeste hasta la Rotonda el Güegüense, donde concluye el famoso Hípico.

Nos preguntamos: ¿por qué la misma fiesta se hace en dos lugares distintos? ¿Por qué los hípicos no acompañan al minguito?. La respuesta la dio un organizador de este evento diciendo: "Porque la otra es de los antisociales". Como vemos, la forma y estilo de ambas es antagonica y refleja las confrontaciones culturales y sociales que existen en la sociedad.

En la fiesta popular existe un

mingocentrismo, donde los humanos aparecen dominados por su impotencia. Quienes lo vemos, traen y bailan, son las multitudes de la periferia que se debate por sobrevivir, ellos lo cargan y le gritan "viva el Minguito", etc. Los promesantes que acuden bailan al ritmo de las marimbas y chicheros, pagan promesas y le piden más milagros para poder vivir.

Mientras que en la otra, el santo está ausente. El culto es a la opulencia, las empresas que pueden contratar camiones y jovencitas para bailar y promover los vicios, y a los adiestrados caballos que cargan a sus patrones. En ésta, lo último en moda desfila por las calles y los políticos no desaprovechan para exhibirse y ofrecer favores. La fiesta denota un profundo desgarramiento de la sociedad, una inconsecuencia religiosa, el antagonismo entre las clases, las contradicciones sociales, la irracionalidad, y la falta de voluntad y vías para superar esta situación.

En la primera los pobres extienden sus chinamos para vender elotes, quesillos, tamales, carne asada y guaro barato a los peregrinos. Aquí, tanto los que venden como los que compran, son hombres y mujeres desdibujados por la miseria, porque demasiadas lágrimas, sudor y sangre inocente ha visto correr este pueblo. Allí caminan con hambre y sin esperanza aquellos que la sociedad actual los ha despersonalizado y excluido, a quienes la guerra, la migración y la urbanización han destruido su forma de ser, propia existencia.

Mientras en la otra, las calles y veredas se abarrotan de troopers y carpas desde donde los



ricos y políticos observan los hípicos y las hermosas muchachas que tratan de hacer más atractiva la diversión. Entre Whisky, J'B, Corona o Heineken bien heladas, los caballistas montan sus adiestradas bestias y tras ellos caminan sus mozos que son tratados como tuzas de elote. Esta fiesta no es otra cosa que el reflejo de la existencia de dos ritmos de vida y de dos historias antitéticas que en Nicaragua siempre han coexistido y compartido el tiempo, pero no el espacio y riqueza.

En la primera está presente lo mítico, lo mágico, lo tradicional, la búsqueda de lo sobrenatural, y el fervor religioso del pueblo pobre. El tiempo, el recorrido y el rito están marcados por una tradición ancestral. En la cosmovisión indígena el Xolotl era una divinidad de la sierra y del Lago. El, después de asegurar la vida de los agricultores, bajaba por 10 días para estar con los pescadores. El rito consistía en que los agricultores bajen la divinidad hasta el "Gancho de Caminos" límite de Managua. Allí era puesto en un barco y cargado por los pescadores hasta el Lago Xolotlán, lugar donde hacían las fiestas.

Pueda que en la época más reciente la iglesia sustituyó a Xolotl por la diminuta imagen de Santo Domingo de Guzmán, fundador de la orden religiosa de los dominicos. Los dominicos realizaron una transposición de imágenes, obligando que los indígenas veneren la imagen de su nueva religión.

La iglesia logró imponer la imagen de Santo Domingo, sin embargo nunca pudo alterar el tiempo, el recorrido y el rito que acompaña estas fiestas. El tiempo estaba determinado por el ciclo agrícola de la sierra. A la altura de agosto, ya el maíz como el principal alimento, estaba madurando, de manera que la divinidad podía bajar por un breve período para acompañar a los pescadores.

El tiempo de su permanencia y el espacio por donde recorre su "traída" y "dejada" sigue siendo el mismo. Aún el rito de los bailes, el derroche de la sexualidad, alcohol, el disfraz y el pintar el cuerpo, tienen que ver con el fin de la abstinencia sexual, con la necesidad de probar el valor del cuerpo, y con la necesidad de ocultar la identidad tras la pintura y la máscara.